

por los últimos de todos los hombres; y sus conventos, en los cuales se practicaban todas las virtudes, pero especialmente la humildad y la pobreza predicadas por ellos en toda la tierra, siendo muy pobres y recibiendo solamente de limosna el pan y el vestido necesarios para su subsistencia, llegaron á propagarse por todos los lugares, y á ser un albergue de pobres y unas fortalezas inexpugnables de la vida cristiana. Al mismo tiempo eran un modelo visible y práctico de la igualdad; y su pobreza era soportada con alegría y observada con perseverancia, y la igualdad era respetuosa y sabía preservarse igualmente del orgullo que de la bajeza y de la envidia. La fundación de los franciscanos y de los hermanos predicadores, de la esclarecida orden de Santo Domingo, contribuyeron poderosamente á destruir los restos de la esclavitud en los países paganos, pues en los iluminados por la doctrina de Jesucristo hacía ya mucho tiempo que no existía, con muy pocas excepciones.

En 1179, la opinión y el espíritu público estaban tan penetrados de la influencia del Evangelio, que el Papa Alejandro III pudo ya proclamar solemnemente que no debía haber más esclavos en las naciones cristianas; y algunos años después, una de las máximas de San Luis era esta palabra: *el franciscano coronado*, palabra conforme á la verdad y bastante significativa para hacer el elogio del gran rey de Francia y de todo su pueblo.

REINO DE SAN LUIS

Existieron hombres más científicos, legisladores más sabios, políticos más hábiles y guerreros más felices, aunque no más valientes, que San Luis, pero no hubo un rey más grande que él. Él fué quien fundó la monarquía cristiana y quiso ser el modelo acabado de ella. En su trono fué pobre, humilde, prudente, justo, lleno de bondad y generoso en sus sentimientos. Se sentía alrededor de él, como sucedía con Carlo-Magno, una santa emulación de piedad y de justicia. En las Pascuas y en el Año nuevo, los señores feudales, los gentiles-hombres y los caballeros de Marte se quedaban frecuentemente admirados de las exhortaciones que les dirigía, de los ejemplos que les daba, y penetrados algunas veces de un vivo sentimiento de religiosa humildad, se les vió conceder libertad incondicionalmente á sus siervos al mismo pié del altar donde el sacerdote de Cristo los admitía á recibir los santos sacramentos.

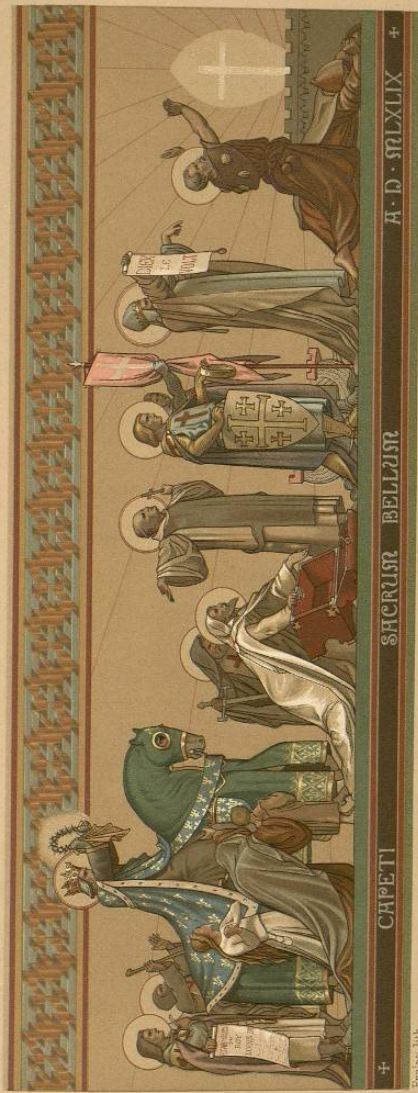
Bajo el reinado de San Luis se coronó la Francia de una gloria pura, fecunda é imperecedera. Por medio de los esfuerzos de Santo Domingo y del ejército cristiano puso fin á la herejía de los albigenses, que era el socialismo de aquella época; se engrandeció legitimamente con el condado de Tolosa, se organizó y robusteció en el orden y en la administración de justicia y se mantuvo gloriosamente á la cabeza de las nacio-

nes. San Luis es la figura verdadera del apogeo de la Edad Media, y es el que tiene la representación del espíritu, del carácter y de los instintos dominantes de ella. Esto no es decir que fuera un fenómeno en medio de su siglo, y que hiciera solo todo lo que en él se realizó, sin haber sido antes preparado ni meditado por nadie. Así en el orden moral y político como en el material, San Luis mandaba un ejército, y, por lo tanto, era el jefe secular de la cruzada perpetua que la Iglesia instituyó desde el principio de su fundación para todos los siglos contra la revolución y guerra perpetua del paganismo, que siempre es el mismo, aunque disfrazado de diferentes formas. Cuando, á vista de todo el pueblo, el rey santo, con los piés desnudos y los ojos bañados en lágrimas, llevó á París la corona de espinas, no era un monarca absoluto que satisfacía la devoción de su corazón sin haber antes encontrado graves obstáculos y sin tenerlos todavía en su presencia, sino que, en su real persona, el inmenso y preponderante partido de Dios manifestaba la señalada victoria por la cual la Francia, á despecho de los falsos sabios y de los falsos amigos, conservaba su alto rango y su glorioso título de Hija primogénita de la Iglesia en el pueblo católico.

El siglo que veía semejante espectáculo, que le quería y que tomaba parte en él; el siglo que descansaba de la última cruzada dando á Santo Domingo y á San Francisco de Asís tantos hijos como guerreros había dado el siglo precedente para la tierra santa, ese siglo era grandioso y aseguraba el porvenir; y,

efectivamente, sucedió así, porque dió á la Francia seiscientos años de gloria, durante los cuales, y á pesar de las muchas aberraciones, no pudo ni abjurar el catolicismo, ni perder su poder, su honor, su civilización, sus sentimientos humanitarios ni su libertad. ¿En qué tiempo se vió á la razón humana más hermosa, más llena de vigor y dominándose mejor á sí misma, y más rica y engalanada de toda poesía? Entonces reinó verdaderamente y fué estudiada con gran fundamento la teología, ciencia de Dios y del hombre, que enseña lo que es uno y otro y las relaciones que median entre los dos. Ella se apareció, amada universalmente, en medio de la luz siete veces más brillante del sol anunciado á los que habían de ver los días de Cristo; y, con su auxilio y dulce resplandor, el alma, inundada de rayos divinos, pasa desde este mundo al cielo y á la eternidad, penetrando todos los misterios, rodeada de infinitos resplandores y gozando de la hermosura de Dios. El viajero podía recorrer todos los países de Europa sin hallar un solo horizonte donde no estuviese enarbolada la cruz, y sin cesar de oír la voz de la plegaria, que resonaba en los campanarios. Por todas partes se veían iglesias, monasterios, escuelas, hospitales, asilos de caridad, el progreso cristiano, los campos cultivados y derramada en abundantes torrentes la luz de la ciencia y del arte. Se levantaba de la tierra un aromático incienso; un ardor y una vigorosa juventud daban vida á todas las empresas y hacían agradables todos los trabajos. Había mundos por descubrir; pero el cielo

de Dios estaba claro y manifiesto, se sabía el camino para ir á él y se hacía el tránsito con paso suave y por senda segura. Ya no existía el penoso problema sobre el origen y fin del hombre, por tantos años desconocido á una inmensa multitud de almas, porque estaba ya revelado, predicado y conocido hasta por la infancia en el pueblo cristiano. El sudor tan temible del trabajo, aborrecido por el hombre, no envenenaba tampoco la dicha del hogar doméstico, sino que, por el contrario, el mismo trabajo, bendecido por la religión, tenía ya sus apologistas y sus canciones, como tenía sus flores el campo; y el obrero, transformado por la fe en un miembro querido, útil y honrado, llevaba en sus sudores el grano puro del trigo al mismo tiempo que gozaba de su fruto en su corazón. Por lo mismo que los hombres conocían la paternidad divina, reinaba entre ellos una apacible y leal fraternidad. En los últimos siglos, y más todavía en el nuestro, algunos hombres que han pretendido ser reputados por sabios y puesto su orgullo en figurar como filósofos se han reído y hablado con desprecio de lo que ellos llaman *la basura de la escolástica*. Sin embargo, ahí está lo que la ciencia escolástica ha hecho un bien del género humano y los bienes y verdades que le ha proporcionado. De la escolástica salían un Santo Tomás, San Buenaventura, San Luis, el Dante, el autor de la *Imitación de Cristo* y el inspirado Rafael, que fué como la última flor que salió de ella en aquel tiempo. Merced á la ciencia escolástica se multiplicaron las cátedras, y ella fué la que dió por razón políti-



Fraen. lith.

Insp. Bibl. Nat. Paris.

LAS CRUZADAS

De los muros de Jerusalem salió la Cruz luminosa del Gólgota. Pedro el Embrujado la adornó de rodillos y los brazos levantados; el papa Urbano II desplegando la bula de la Cruzada, la hace el signo de reunión. Detrás vienen Godofredo de Bouillon, tocando en su casco la corona de papa, único que consintió llevar; San Bernardo, un padre de la Merced, un caballero del Templo, y San Luis, á caballo, mostrando la corona de espigas, signo de viudas, huérfanos y ciegos que había donado, y seguido de Joinville, su historiador. Fragmento de los frisos del *Catholicon*, proyecto de pintura de pared de M. Lamouire, conservado en la Escuela de Bellas Artes en Paris. Siglo XIX.

ca á los pueblos unidos el grito de las cruzadas, eco el más glorioso, el más sabio y el más eficaz que jamás ha salido del pecho humano : *¡Dios lo quiere!*

Esta época, tan bella, tan pujante y vigorosa, es debida á la Iglesia, y su fecundidad y sus fulgores nos dan á conocer lo que llegarían á ser la sociedad y la familia si el reino de Dios se estableciera en su plenitud entre los hombres. Ningún obstáculo, ninguna adversidad, ninguna derrota fueron capaces de desanimar y desalentar la perseverancia cristiana, ni suceso alguno pudo enfriar su ardor. Al momento que la Iglesia, pasada la tempestad, goza de libertad, entra de lleno en el ejercicio de su poder y se lisonjea con la paz, siquiera sea ésta corta y transitoria; emprende de nuevo la continuación del trabajo que había comenzado cuando recibió los primeros golpes de la persecución, y, en todo y por todo, su aspiración laudable es proseguir la obra de salvación. Con ese fin enseña, predica, manda, aconseja, castiga, perdona, sufre, y cada día se empeña en nuevas creaciones para el orden sobrenatural. Con sus anatemas protege al esclavo, á quien los sacramentos que ella confiere han hecho cristiano, y á quien ella misma, con su doctrina y con su moral, hará un hombre libre, un padre de familia y un buen ciudadano. Al mismo tiempo inspira á los amos y señores la caridad, les enseña la justicia y les comunica luces para el ejercicio armónico de las dos. No contenta con llamar al pobre á sus escuelas, le abre caminos para los puestos sociales y le habilita

para llegar hasta las dignidades más altas del Estado. Bajo la enseñanza é influencia del hábito religioso, el esclavo llega á ser libre y el obrero pasa á ser propietario, director, prelado, señor feudal, soberano pontífice y señor de los señores. La dignidad más alta de la tierra, la que está tocando con el cielo, y que puede decirse que es ya de él, no es accesible ni puede alcanzarse más que por el camino sublime que la Iglesia muestra al hombre para ser feliz; y si algún día fuera llamado á sentarse en tan alta jerarquía, marchando á ella por la senda cristiana y preparado con los sentimientos y espíritu que ella inspira, no tendrá en puesto tan elevado ni en el ejercicio de un poder sin segundo la dureza y soberbia que ordinariamente se censuran en los poderes de la tierra, influidos del paganismo, y que es una de las desgracias más grandes de nuestra organización social. El que ocupa tan distinguido puesto por hacer la voluntad de Dios mira á los demás hombres como á sus hermanos; y si algunos gimen en la esclavitud, se ocupa sin cesar en restituirles la libertad. El Papa es servidor de los servidores de Dios; todo servidor de Dios es un patricio, el heredero de un reino eterno. Esta verdad será en adelante muy notoria y vulgar; y, como dice un sabio publicista : «Está ya establecida la igualdad delante de Dios, y, por consiguiente, la otra no se hará esperar mucho.» Los monjes y los sacerdotes tienen muchos enemigos; pero todo enemigo de ellos, por más obstinado y furioso que sea, puede adivinar y conocer la influencia tan grande que de-

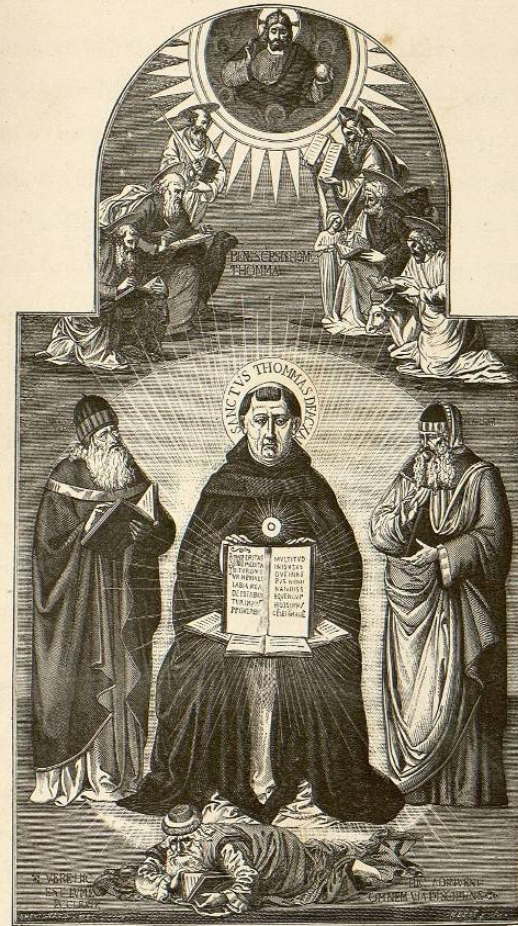


Lámina 133.—El Triunfo de Santo Tomás de Aquino.—Cuadro de Benozzo di Gozzoli, en el Museo del Louvre, que data del siglo XV.—Jesucristo, en su gloria, bendice al santo y pronuncia estas palabras traducidas del latín : «Tú has hablado bien de mí, Tomás.» Á su izquierda están San Pablo, San Juan y San Marcos; á su derecha, Moisés, San Lucas y San Mateo, cada uno de ellos con sus propios atributos. Por debajo está el santo sentado en el centro de un disco de luz, entre Aristóteles, que le escucha, y Platón, que le admira; tiene abierta la *Suma Teológica*, que es la más perfecta de sus obras. Ultimamente, á sus pies está echado el doctor de la Universidad de París Guillermo de Saint-Amour, cuyas opiniones referentes á las órdenes mendicantes refutó el santo en la asamblea celebrada en Anagni el año 1256.

bieron ejercer respecto de la igualdad civil los dos ejércitos permanentes creados por el ilustre Domingo de Guzmán y por el plebeyo Francisco Bernadón. Es necesario convenir en que cincuenta mil frailes dominicos y cincuenta mil franciscanos, perteneciendo por su nacimiento y por sus relaciones á todas las clases y jerarquías de la sociedad, sabios, llenos de celo, grandemente populares y llevando por doquiera con valor y con laudable perseverancia la palabra del Evangelio, las costumbres, los hábitos y los pensamientos del Cristianismo, no debieron contribuir poco, ya para contener en sus justos límites al poder secular, ya también para ayudarle y secundar sus justas disposiciones y para llevar á cabo sus planes acertados sobre la pública utilidad.

Quitad el Cristianismo de esas temibles falanges de bárbaros, en las cuales fermentaron el espíritu y tendencias de la corrupción que había en la civilización romana, y entonces ¿qué es lo que hubiera sucedido? Evidentemente sucedería lo que se ha visto en todos los países en dónde no ha podido establecerse el Cristianismo íntegro ó donde, después de establecido, se le ha perseguido y desterrado : la esclavitud aumentándose y generalizándose en lugar de la libertad, la civilización retrasándose asombrosamente, y la ruina y decadencia más rápidas é irreparables. Los europeos seríamos al presente musulmanes ó chinos, ó quizá alguna cosa todavía peor; porque al fin los pueblos del islamismo y los otros de diferentes países retrasados y

degradados no han dejado de mejorarse y de sacar algún fruto del contacto y trato con la civilización cristiana y de la coexistencia del Catolicismo. Basta con examinar la condición actual del pobre en los países, aún en los cristianos, que, después de haber recibido el Evangelio, le han arrojado ó han eclipsado su luz. La condición del obrero en Inglaterra, la del paisano en Rusia y la del negro en América no es la condición del bruto, porque esos países tienen el Cristianismo; pero es preciso confesar que no están en la condición del hombre y en el goce de la dignidad que como tal les corresponde, y la causa de ello no es otra sino porque todo el bien que el Cristianismo tiene, y que derrama y enseña, no ha llegado á ellos, ni se permite que les llegue. Les falta á los infelices el servidor de los servidores, el ministro de Dios y el dispensador de la gracia y de los santos sacramentos. En la Europa católica, el hombre ha marchado sin cesar hacia una expresión más completa de su dignidad de cristiano y hacia un goce más entero de la igualdad. La sociedad, sobre este punto, no ha retrogradado, ni se ha paralizado más que por su propia culpa, y ésta la ha cometido cuando, en sus días de delirantes extravíos y de lamentable error, rehusando escuchar á la Iglesia ó llevando su audacia é ingratitud hasta perseguirla, ha corrido un velo sobre esa luz de lo verdadero, y detenido ese único motor de toda libertad legítima y duradera, y tomado el desorden por libertad, el absurdo por filosofía y los hechos materiales por derecho y legalidad. Encontramos en